TIPOS CORRIENTES

I.

ELECTOR Y ELEGIDO.

SUPONGAMOS que acaban de hacerse unas elecciones generales, y que, como cosa constitucionalmente convenida, el espíritu público se transforma de repente en materia electoral, y en el secreto de las urnas dice sencillamente: «Á este quiero, á este no quiero,» y, valga por lo que valga, facilita al gobierno, sea el que quiera, una mayoría, como todas, de rompe y rasga, porque en el orden establecido ya sabemos que los ministerios cambian, pero que, ¡oh estabilidad de los principios!...., las mayorías son siempre las mismas.

Una elección general es una cosa muy particular; viene á ser como un pasaporte que autoriza el libre tránsito del portador, y que lleva como circunstancia auténtica y característica esta nota ineludible: «Va sin enmienda.»

Supongamos de la misma manera un distrito aquí ó allí, más lejos ó más cerca, porque lo mismo da uno que otro, y ya se sabe que donde se dice distrito, se dice elección; y donde se dice elección, se dice elegido; y donde se dice elegido, queda dicho todo.

Treinta ó cuarenta cartas diarias, llenas de pretensiones, dan al diputado testimonio continuo de que el cuerpo electoral no lo olvida ni un momento, y eso que ya todo lo preliminar, todo lo más urgente, está hecho. Serenos, carteros, estanqueros, administradores, jueces de paz, jueces de primera instancia.... todo se halla provisto á pedir de boca.

¡Phs! Se han sobreseído ciertas causas criminales; algún forajidillo que otro campa por sus respetos, en atención á que ha llegado la suya....; y tira de aquí, tira de allí, el ayuntamiento tiene carta blanca para hacer de la administración municipal mangas y capirotes, como quien dice, de su capa un sayo.

Pues bien: entre tantas cartas llega una que, entre otras cosas, dice lo siguiente:

«Ya sabe V., señor diputado, que sin aquellas doscientas papeletas que yo metí en la urna sin que lo entendiese la tierra, la elección de V. se queda en el tintero, porque, como V. sabe, la gente aquí le tiene horror á las elecciones, y no se la acarrea ni á tiros. No digo esto por echarla de plancheta, sino para que mis servicios en favor de la libertad no caigan en saco roto.»

«Sr. D.... (cualquiera): V. tiene mucha mano, gracias á la unanimidad con que ha favorecido el distrito su candidatura, y yo tengo un hijo de la piel del demonio: me ha perdido ya tres años de carrera mayor; trata los libros á puntapiés, pero es más listo que Cardona; en el pueblo no hay quien le levante el gallo; escribe al vuelo.... ¿Y cuentas?.... Le digo á V. que le cuenta los pelos al diablo; se pierde de vista. En ideas está tan avanzado, que su madre, que es una bobalicona, se santigua escandalizada al oir lo que dice. Un destinillo de doce mil realejos le vendría de molde, aunque sea en el quinto infierno. Esto me redondearía, porque aquí se me va á encasullar con la primera que le guiñe el ojo.»

La respuesta fué á vuelta de correo, en los siguientes términos:

«No desconozco la influencia decisiva que V. ejerce en ese colegio electoral, sobre todo para el triunfo de las candidaturas ministeriales, y mi gratitud por sus servicios será eterna.

»V., amigo mío, sabe que contra viento y marea conseguí se le adjudicase el molino de la extinguida comunidad de Dominicos por una bicoca; que á fuerza de trabajos se le ha echado tierra á lo de los pinos; que del mismo modo se hace la vista gorda al pico aquel de la fianza consabida; que, en fin, riega V. su huerta cuando quiere y como quiere, porque yo hago oídos de mercader á las reclamaciones de los vecinos. No puede V. dudar de mi solicitud en servirle.

»¿Cómo he de desconocer las bellas prendas que dornan á su hijo? No vacilo en asegurarle que el Estado adquiriría en él una verdadera alhaja sobre las que ya tiene: pero, por de pronto, dificultades insuperables impiden utilizar sus servicios. Esa esperanza de la patria no ha ocupado aún ningún puesto oficial; carece de grados académicos que le den algún derecho; no hay vacantes á la mano, y, si las hubiese, habría que disputárselas á las más altas influencias. Paciencia, pues, hasta que se nos presente ocasión favorable.

»Hay más; si yo insistiese en esa pretensión, haciéndola cuestión de gabinete, me expondría á un desaire, que mi dignidad no podría tolerar, y tendría que pasarme á la oposición con mi elocuencia y mis electores; es decir, con armas y bagajes, y el gobierno está todavía muy fuerte, y nos destrozaría el distrito en menos que se dice.»

El elector replicó en una nueva carta, diciendo:

«No abandone V. al gobierno hasta que esté dando las boqueadas; vótele V., aunque sea el fin del mundo. ¡No faltaba más!.... Por aquí anda el albeitar, que hizo muy bien su agosto con los caídos, y echa muchos humos porque tiene ya muy buenos pesos duros, y nos pondría el pie en el pescuezo, y adiós mi dinero.

»Bueno que la pretensión de mi hijo no sea puñalada de pícaro. Bastante lo siento; pero adelante. Es verdad que el muchacho no ha servido nunca, pero alguna vez ha de empezar; y, vamos, ya que por ahora no pueda ser un destino de doce mil reales, porque nunca ha sido empleado, me parece que bien podrá V. conseguirle una cesantía de siete ú ocho mil. Cuento con ella, porque eso se le da á cualquiera.»

Auténtico.

II.

DOS REPUBLICANOS DE PELO EN PECHO.

En los revueltos días de la república, dos ciudadanos de los más ternes de la especie, con sus gorros frigios encasquetados donde el resto de los mortales suele tener la cabeza, disputaban una noche á la puerta de una taberna con voces agrias, empedradas de interjecciones, acerca de la igualdad, mirándose uno á otro por encima del hombro.

Uno de ellos decía:

—Soy más republicano que San Juan Bautista. ¡Qué me querrás tú decir á mí! ¿Ves los *civiles?* Pues en cuanto uno se me pone delante, toda la sangre me hierve en el cuerpo, me hormiguean los pies, se las juro de puertas adentro, y echo por la otra calle. Esto es ser republicano.

El otro replicaba:

—Estás en mantillas, y no tienes ojos para mi-

rarme á la cara. Aquí donde me ves, no me pasa de los dientes adentro la gente de sotana. En cuanto veo un cura, le hago la cruz.

El primero insistía, diciendo :

—Quítate de ahí, *fanfarria;* con los curas levantarás tú el gallo; pero lo mismo es decir que el alcalde te echa la vista encima, que se te blandea el alma, y el sombrero se te va de la cabeza, y le dices : «Mi amo.»

El segundo, temblando de cólera, añadía:

—No me faltes, porque tienes mucho por qué callar, y te veo y no te veo. Hueles á iglesia; tu tío es sacristán, y oyes misa.

Las palabras se enredan como las cerezas, y es lo más fácil del mundo pasar de las palabras á las obras; así es que vinieron á las manos. Entre cierta clase de gente, decir «á las manos,» es lo mismo que decir á puñalada limpia.

Los dos querían quedar encima.

De la igualdad pasaron á la fraternidad, y el más listo, metiendo la mano en su pecho, la sacó armada de una tremenda *faca*, dispuesto á hacer ver á su correligionario, de la manera más fraternalmente posible, que él, republicano neto, no tenía igual en el mundo.

Era el momento de poner en ejercicio la libertad, y cada uno de ellos hizo de su capa un sayo: uno apeló á la agilidad de las manos, y el otro á la ligereza de los pies.

El tragacuras, que no era mudo ni manco, co-

rria, navaja en mano, detrás de su contrincante, diciéndole por lo bajo :

—Juan, reza el Credo.

El otro, que no era sordo ni cojo, ni tampoco mudo, apretó primero el paso, después se encajó más el gorro republicano que llevaba en la cabeza, y rompió á correr, gritando :

—¡¡¡Favor al rey!!!

Histórico.

III.

UN ESPÍRITU FUERTE.

—Vecino, me parece que se le presenta á V. un buen negocio.

—¿Sí?

—¡Vaya! ¡como que hemos pensado hacer una capilla á la Virgen del Milagro, Patrona del pueblo, y le hemos echado el ojo al antiguo solar de las monjas!

—Ese solar es mío.

—Ya lo sabemos, y ahí está el caso; porque V. lo compró por cuatro cuartos, y ahora le puede á V. valer algunos miles. Como se trata de una capilla para la Virgen, que vamos á hacer con las limosnas recogidas, contamos con que V. nos cederá el solar en conveniencia.

—¡Hombre, hombre! Una capilla para la Vir-

gen.... ¡Qué diablura! ¿No hay iglesia en el pueblo?

—Una, que no basta ya á las necesidades del vecindario.

—¡Phs!.... Pero vamos á cuentas. ¿No le parece á V. que sería mejor hacer un casino? Eso es más propio de un pueblo ilustrado. Yo respeto todas las preocupaciones; pero hay que ir poco á poco acabando con el fanatismo.

—¡Toma, toma! ¡Vaya V. á decirle á la gente que no le tenga devoción á la Virgen!

—La Virgen es una buena Señora, de quien yo no tengo nada que decir. Soy filósofo, y no me gusta meterme en vidas ajenas; pero piénselo V. bien: un casino nos pondría á la altura de la civilización; no hemos de ser siempre una tribu salvaje.

—Sí, allí irían todos los vagos del pueblo á desollar al prójimo y á jugarse hasta las pestañas.

—¡Pues qué! ¿cree V. que habían de ir allí á rezar el rosario? En cambio, fíjese V. bien, la comunicación de las ideas, la lectura de los periódicos, la controversia. Dé V. una vuelta á su alrededor, y verá que hoy mismo las más ruidosas celebridades de nuestro país han salido de los casinos; porque los casinos son los hornos en que se funde la generación presente; escuelas de costumbres públicas y privadas, centros de propaganda, núcleos de ilustración y de vida, círculos, ateneos, tertulias, llámelo V. *bache*, todos son casinos. No olvide V. que vivimos en el siglo de las luces.

—Así será; pero aquí sólo tratamos ahora de

levantar una capilla, y como el pueblo la quiere, y el pueblo da su dinero....

—¡El pueblo, el pueblo! ¿Qué sabe el pueblo lo que le conviene? Es un animal, que alguna vez tiene instinto. ¿Y la ciencia? ¿Qué vamos á hacer con la ciencia? ¿Le parece á V. que nos hemos repartido la gran riqueza acumulada por los curas para volver á amortizarla? ¿Hemos derribado los muros de un convento para levantar otra iglesia? Desengáñese V.: ya no hay manos muertas.... ¡Capilla! ¡Capilla! ¿Sabe V. lo que quiere decir capilla? Pues es el anuncio, la antesala de esa abominación jurídica de los siglos bárbaros que llamamos pena de muerte. Esto no tiene vuelta de hoja.

—Pero, vecino, el convento era al fin un edificio, un refugio, un asilo que, según dicen, tenía muchas cosas buenas de pinturas, arcos y cornisas, de esas cosas que llaman de arte, y aún vive el sacristán que las enseñaba á los pasajeros, y le valía muy buenas propinas. Y ahora, ¿qué queda? Ese solarón que tiene V. detrás de su casa, que no sirve más que para que se apedreen los chicos de la calle.

—¡Bah, bah, bah! No hay más arte que la ciencia; yo soy filósofo, y detesto todos los lujos. ¿Y qué? El arte es una aristocracia, y hay que arrasarlo.

—¿De manera que no nos va V. á ceder el solar?

—No pienso cederlo para semejante cosa. ¿Qué quiere V.? ¿venir con sus manos limpias, tomarse el solar, y ahí, en mis barbas, con cuatro piedras y cuatro ladrillos, hacerme un nido de sacristanes?

¿Y sobre las cuatro tejas de la cubierta plantar una torre de mala muerte con dos campanas lo menos, que *din dan, din don*, por la mañana, por la tarde y por la noche, no me dejarán ni comer ni dormir? No, señor; no cargo yo con la jaqueca de las campanas; porque no se puede vivir con la holgura y la comodidad con que yo vivo cerca de la iglesia.

—En cambio, vecino, tendrá V. la misa á la mano los días de fiesta; y, ¡vamos!, V. hará también sus picardihuelas, porque todos somos pecadores; y, aunque está V. fuerte y sano, y tiene á puntapiés los pesos duros, quiere decir que somos mortales, y á lo mejor la vida es un soplo, y si la cosa viene de prisa, entonces son las madres mías y las carreras para que venga el cura, porque aun cuando el viaje es corto, ningún cristiano se quiere ir con la carga al otro mundo. Pues bien: con la capilla á la vuelta de la esquina, tiene V. siempre al padre capellán en la mano. ¿Se ríe V. de lo que le digo?

—No se ofenda V. porque me ría. Vivimos aún en un grande atraso. Todo eso que V. dice son vejeces del oscurantismo.

—Pero, vecino, ¿es V. moro?

—Vaya, V. no me entiende, y voy á decirle mi última palabra; óigala V. bien: Como yo, gracias á Dios, soy ateo, no necesito ninguno de esos requilorios.

Verídico.

EL CAFÉ

I.

ESTA amable sustancia vegetal, que ayuda al estómago en sus tareas digestivas, anima la sangre en su carrera por el intrincado laberinto de las venas, y alegra el espíritu, es de origen inmemorial; su cuna debió mecerse al compás de las primeras palpitaciones de la naturaleza, nodriza primitiva del género humano. Los etíopes la dieron á conocer al mundo civilizado, y hoy es la delicia digestiva de todo paladar medianamente instruído.

¿Chalodi?.... Creo que sí, moluco por más señas, experimentaba frecuentes entorpecimientos, que no le dejaban rezar tranquilamente sus oraciones nocturnas, porque el demonio del sueño le tiraba mañosamente de los párpados, y el devoto árabe se dormía en medio de su piedad mahometana, lo

mismo que cualquier simple mortal que se siente invadido por las misteriosas dulzuras de un sueño incorregible.

Buscando remedio á esas tentaciones de la naturaleza en la naturaleza misma, tropezó, digámoslo así, manos á boca, con la eficacia del café, y sin más mérito que la virtud vegetal de la planta, el piadoso moluco vió ante sus ojos el cielo abierto.

Desde entonces el café, corriendo la Zeca y la Meca, se extendió por el mundo, y llegó hasta nosotros, no para despertar nuestros sentidos en las horas de las oraciones, sino para avivar en nuestros estómagos satisfechos el fervor, si puedo decirlo así, de las digestiones.

Precisamente uno de los caracteres que más determinan la fisonomía de nuestro tiempo, consiste en el empeño con que convertimos en placeres las necesidades.

Sea, pues, el que quiera el valor medicinal, químico ó botánico de la planta encontrada por Chalodi, para nosotros no es más que un recreo del paladar, una fuerza digestiva que añadimos á las que nos ha facilitado nuestra pobre ó rica naturaleza.

También ha tenido el café sus detractores y sus partidarios apasionados; pero mientras no se decide el punto, todavía en tela de juicio, la especie humana, sin saber á qué carta quedarse, toma café por placer, por lujo y por costumbre.

Saboreando una taza de sabroso moka, decía á

Voltaire un admirador de su impiedad y de su talento:

—Debéis saber que el café es un veneno lento.

—Debe ser así (contestó Voltaire), porque hace ya setenta años que lo estoy tomando.

El hecho es que esa planta, ignorada en Europa hasta muy entrado el siglo XV, no sirve solamente para facilitar las digestiones del estómago, sino que su virtud se extiende también á facilitar las penosas digestiones de la vida.

Bien mirado, no es el café una taza de barro vulgar ó de preciosa porcelana, en la que humea un licor oscuro, amargo, desabrido, que, dulcificado con azúcar blanca como la nieve, se bebe á sorbos, se paladea á cucharadas; es más bien un punto de reunión donde se juntan las gentes desocupadas á resolver, alrededor de una mesa, las más hondas cuestiones del mundo, ó á revolver en la disipación de las conversaciones ociosas el abismo de las miserias humanas.

El café no es precisamente un brebaje, sino un refugio inevitable, abierto á los fastidios de la holganza y á las tristezas de la ociosidad. No es solamente un placer del paladar; se toma principalmente como un recreo del espíritu.

Como si el espíritu sociable de esta planta tuviese por único objeto estrechar las mutuas relaciones de los hombres, apenas fué reconocida su virtud, cuando se abrieron casas destinadas á servir café á los consumidores, lo mismo en los pueblos

de las orillas del mar Rojo, que en Medina y en la Meca.

Persia se llenó de cafés, que no tardaron en ser centros de toda clase de desórdenes, hasta que el gobierno persa tomó sus medidas, y no hubo más remedio que entrar por el aro. Entonces aquellos asilos de gente ociosa y vagabunda se convirtieron en una especie de ateneos, donde los políticos acudían á esparcir y recoger noticias, los poetas á recitar sus versos y los molucos á pronunciar sus sermones.

La aparición del café en Constantinopla *hizo furor*, pues los turcos vieron en él el paraíso anticipado, y los súbditos del gran visir se despepitaban por invadir los establecimientos abiertos en la ciudad; y allí cada cuál se despachaba á su gusto, lo mismo que aquí, haciendo de los asuntos de Estado mangas y capirotes. El Sultán no tenía necesidad de asistir á estos experimentos del ocio turco para salir todos los días con las manos en la cabeza.

Á mediados del siglo XVI, el Gran Turco quiso ver por sus propios ojos las escenas de los cafés, y disfrazado de simple mortal los visitó, hallando en ellos á todos los descontentos de Constantinopla, ocupados en poner de vuelta y media al visir, á su gobierno y al mismo Mahoma en persona. Cada uno llevaba allí su particular descontento, y hacía de sus propias desdichas las desdichas de su patria.

Después de los cafés, el Gran Turco visitó las

tabernas, y pareciéndole éstas menos perjudiciales, decretó la supresión de los cafés, y hasta prohibió el uso del café en el interior de las casas y en la intimidad de la vida doméstica.

Proscrito en Turquía, apareció en Londres, y el éxito coronó los primeros esfuerzos, porque inmediatamente se abrieron numerosos establecimientos, que dieron nueva vida á la capital de la Gran Bretaña. Un simple mercader procedente de Levante llevó á Inglaterra ese nuevo elemento de adelanto, de civilización y cultura.

Las demás naciones de Europa lo recibieron con los brazos abiertos, y la especie se multiplicó de tal manera, que hoy ya no existe en el mundo civilizado calle sin café, porque ha venido á ser la facción más característica de nuestro semblante social; y no me atrevo á decir que es el alma de nuestra vida, al mismo tiempo que el centro común, el núcleo, el hogar doméstico de la familia humana.

La casa en que vivimos nos suele ocasionar muchas molestias; los vecinos son con frecuencia impertinentes: los del cuarto de encima bailan, los del cuarto de abajo riñen; á la izquierda hay un piano desastroso, á la derecha vive una familia, un matrimonio lleno de hijos, que son de la piel del demonio. El casero, ¡uf!.... He ahí la desesperación de todo inquilino.

Por otra parte, los criados.... ¡son tan torpes! Las visitas, ¡son tan inoportunas! Los hijos.... sí,

ciertamente alegrán la casa; pero.... ¡cuántas inquietudes ocasionan! Luego.... ¿qué conversaciones se pueden tener en el seno de la familia? ¡Pues! Si sobra, si falta, si los gastos crecen, si no crecen, si la vida es cara, si es barata. Con los hijos todo está dicho, con la mujer todo está hecho.... ¡Ah! La casa, ¡cómo aburre!

Pues bien: deje V. la casa y tome V. la calle; aquí un importuno que nos detiene; allá un fastidioso que nos cuenta sus desventuras; más allá un ser dichoso que nos revienta con el relato de sus felicidades; uno que nos saluda, otro que nos empuja; coches que nos cortan el paso, grupos de desocupados que nos echan de la acera; polvo, lodo, frío que hiela, ó calor que sofoca; mal piso, mucha gente que codea, que estruja, que ahoga....

Y todo esto sin contar los peligros de un coche que nos atropella, de un tranvía que se nos viene encima, de un ratero que nos despoja del reloj, de un vendedor de billetes de lotería que nos asedia, de un vendedor de periódicos que nos aturde, de éste que canta, de aquel que baila, del otro que toca, de todos que piden. ¡Oh! ¡La calle!.... ¡Quién puede vivir en la calle!....

La casa aburre, la calle angustia, los paseos cansan, los teatros fatigan. ¿Qué se hace un hombre honrado después de almorzar, después de comer, después del teatro, ó antes de almorzar, antes de comer, antes del teatro? Véase ahí la gran necesidad que han venido á satisfacer los cafés en el orden tranquilo de nuestras tumultuosas costumbres.

Suprímase ese refugio del ocio, ese amparo de la disipación, ese incentivo de la pereza, esa excusa de la holganza, ese desahogo de la vida social, y en las grandes poblaciones el hombre culto, rico ó pobre, grande ó pequeño, honrado ó pervertido, no sabrá qué hacer de las dos terceras partes del dia.

Así, ya es otra cosa. Á la vuelta de cada esquina nos espera un café, dispuesto siempre á recibirnos. Allí el calor comunicativo de la gente, la amenidad de las conversaciones, la variedad de las noticias, el bullicio de la concurrencia, la luz, la atmósfera, los cuadros, los espejos, los divanes, nos convidan á pasar las horas muertas, verdaderamente muertas, puesto que allí no vamos más que á sepultarlas.

El te les costó á los ingleses la guerra con los Estados Unidos; el café acabará por costarnos la costumbre de la casa y el amor á la familia.

II.

Un salón cubierto de mesas y de banquetas, rodeado de divanes y de espejos, enriquecido con molduras, iluminado por numerosas luces, invadido por la multitud, que, repartida en grupos alrededor de las mesas, come y charla, bebe y fuma. He ahí el café al primer golpe de vista.

Multiplicación de mesas, de banquetas, ampliación del espacio por medio de los espejos, donde se trasnocha como si no hubiese nada que hacer al día siguiente, ó, mejor dicho, como si no hubiese de amanecer nunca.

Allí el amor al lujo, la murmuración, hija de la ociosidad, y el movimiento natural de esta vida vagabunda, que no nos deja un instante de reposo, reunen lo más florido de las letras, lo más bullicioso de la política, lo más afortunado de la banca, lo más sabio de las ciencias, lo más selecto de la elegancia, como en templo erigido al culto de los dioses del siglo.

Es indudable que, marchando el género humano actual al fin supremo de sus grandes destinos de café en café, cualquiera de ellos es un paso más en el curso de tan glorioso camino; porque, fíjese bien la mirada, y se verá que cada café es una estación en que el viajero se detiene á descansar de la fatiga del viaje de la vida.

Por otra parte, el café es una continuación de la casa, de los que tienen casa, y es al mismo tiempo la casa de los que no la tienen. Considerado por el lado de la beneficencia pública, viene á ser el hospicio en que se refugian los que no tienen dónde pasar la noche ó los que no saben cómo pasar el día. En esos centros hallan amigos los que no tienen ninguno, y se encuentran los que más suelen perderse.

Por el lado de la cultura, bien pueden considerarse como centros de instrucción pública, pues en ellos todo se dice, todo se cuenta, todo se sabe, todo se enseña y todo se aprende. La juventud recibe alrededor de las mesas de los cafés la más ilustrada ignorancia, los modales más sueltos, más libres, y el lenguaje más independiente de que puede servirse la libertad de las costumbres.

El itinerario que por lo común se observa, es el siguiente: de la casa, á la calle; de la calle, al café; del café, á la casa de juego; después, Dios sabe. Es, por lo tanto, ese centro de concurrencia, de comunicación y de vida, el pórtico iluminado que conduce á los sótanos de la sociedad.

Pero ello es que sería imposible vivir sin cafés; sería tanto como condenarnos á la intemperie, sin más refugio que las cuatro paredes en que se encierran la estrechez de la casa y la soledad de la familia.

Todo ciudadano necesita su domicilio para hacer constar su vecindad en los registros del empadronamiento y obtener su cédula personal; esto es, el testimonio civil de su personalidad. Pues bien; ese domicilio puede servir para casos de enfermedad, porque en los cafés es donde realmente se vive.

Dos amigos antiguos, que no se han visto en mucho tiempo, se encuentran un día en la calle manos á boca, y, lo que es natural, al verse, prorumpen ambos en estas respectivas exclamaciones:

—¡Ah!....

—¡Oh!....

—¿De dónde sales?

—¿Yo? En este momento salgo de *Fornos*. ¿Y tú?

—Yo.... ¡qué casualidad? Salgo del *Suizo*.

—¿Y qué te haces?

—Antes iba á la *Iberia;* pero unos cuantos amigos, que nos juntábamos allí, lo pensamos mejor, y nos hemos mudado al *Suizo*.

—Pues á mí me va muy bien en *Fornos*, y no pienso mudarme.

—¿De manera que somos vecinos?

—Figúrate: como que no hay por medio más que la calle de Alcalá.

—¡Tan cerca, y sin habernos visto en tanto tiempo!

—¡Tan cerca! ¡Ya lo creo! Casi pared por medio.

—¡Ya hace algún tiempo que nos conocimos!

—Mucho.

—¿Te acuerdas?

—Sí.

—Nos vimos la primera vez en el *Iris*.

—No, fué en el *Imperial*.

—Tienes razón.

—Vaya, es preciso que nos veamos.

—Sí.

—¿Qué horas tienes?

—De doce á una por la mañana, y de siete á dos de la noche me encuentras en el *Suizo* todos los días: segunda mesa de la derecha. ¿Y tú?

—Yo por la mañana no soy seguro; por las tardes, casi todas; pero lo fijo es á primera y última hora de la noche. Hasta las tres de la mañana me tienes en *Fornos* como un reloj: tercera mesa de la izquierda.

Los dos amigos se estrechan la mano y se despiden. No han tenido necesidad de preguntarse dónde viven para buscarse, verse, visitarse y reanudar los lazos de su antigua amistad. Seguramente ya se verán todos los días.

El café es el lugar universalmente elegido para las citas, las entrevistas y las conferencias; se ha hecho casi más indispensable que la casa; así es que cada uno tiene el suyo.

En toda urgencia en que se necesita un médico, un juez, un escribano, no hay que romperse la cabeza buscando el nombre de la calle ni el número de la casa, porque están en el café, en éste, en el otro, en cualquiera, en todos.

El periódico es la publicidad impresa, el café es la publicidad hablada. No todo se puede decir siempre en letras de molde; de modo que la publicidad impresa suele guardar ciertas reservas y decir algunas cosas á medias. Pues bien: en los cafés se aclaran los puntos dudosos, se interpretan las reticencias, se traducen los enigmas, se explican los misterios, y se pronuncian los nombres propios; de forma que el café viene á ser el complemento del periódico, su intérprete auténtico, casi su archivo, y poco menos que su biblioteca.

Los ilustradores de la opinión pública acuden á los cafés como las moscas al panal, porque en ellos recogen la miel de las noticias, lo más escandaloso, lo más patibulario, lo más cómico, lo más original y lo más fresco de la crónica diaria: allí está todo como en germen.

En los cafés se reparte la fama, la celebridad, el mérito, la infamia y la ignominia: todo se analiza, todo se discute, todo se diseca, todo se saca de quicio.

La policía pierde el tiempo buscando en los rincones de la sociedad miserias humanas, cuando en los cafés puede encontrar todo lo que busque.

Al hombre más perdido se le encuentra fácilmente entre un espejo y una mesa, sobre un diván de terciopelo y bajo un techo artesonado en cualquiera de los innumerables cafés que se iluminan en cuanto empiezan las primeras sombras de la noche.

Digámoslo de una vez: el café vive á costa de la casa, se mantiene de todo lo que se extrae de la vida de la familia, de la intimidad del hogar doméstico.

En el padrón anual que cada vecino está obligado á *ilustrar* con su nombre, su edad, su naturaleza, su profesión, su domicilio, sus bienes, su estado.... echo de menos una circunstancia que ya es personal y característica, requisito importante, á saber: su café.

En las tarjetas con que unos á otros nos damos

testimonio de la autenticidad de nuestras personas, deben suprimirse las señas de la casa que se paga, y sustituirlas con las señas del café en que se vive.

Acabemos: el café es la gran boca por donde respira la generación presente.